

Un real el mes.

En Madrid para los suscritores á la Biblioteca Popular y Museo de las Familias, y 4 rs. por tres meses, en las provincias francoel porte.

LA CRONICA.

Dos reales el mes.

En Madrid y 10 rs. por tres meses para los que no sean suscritores á la Biblioteca Popular y Museo.—Se publica todos los domingos del año.

SEMANARIO POPULAR ECONOMICO.

AVISO IMPORTANTE.

Terminada ya la impresión de la *España Geográfica*, en la presente semana quedará repartida en Madrid y hechas las remesas á provincia, en union del tomo sexto y último de la *Revolucion francesa*, y del primero de las *Aventuras de Nigel*, pertenecientes á la Biblioteca Popular. Concluida la distribución de la *España Geográfica*, quedará cerrada la suscripción, y el tomo que por entregas ha costado en Madrid 80 rs. y 75 en las provincias, no se venderá menos de 80 rs. en Madrid, con el aumento correspondiente en provincia. A los suscritores que han recibido esta obra por entregas en las provincias, se les advierte que las últimas entregas que contienen las láminas, índices, prólogo, introducción, maps, portadas y cubiertas del tomo, las recibirán por conducto de los señores correspondientes donde se han suscrito, no siendo posible hacerles la remesa por el correo, no solo por su excesivo costo, sino porque se estropearían las láminas. Los que están suscritos por tomos los recibirán igualmente por conducto de los correspondientes, pues de otro modo ni la administración de correos se encargaría, ni podrian llegar bien á poder de los suscritores, en atención á su mucho volumen y peso, que es de cerca de 3 1/2 libras en cada tomo.

llamamos la atención de nuestros lectores sobre el siguiente prospecto de una nueva publicación que vamos á emprender, y en el próximo número insertaremos el que tenemos ofrecido de la *Biblioteca popular*.

LA ABEJA LITERARIA,

REVISTA DE LOS VOLLETINES.

Novelas, Cuentos, Anécdotas, Costumbres, Viajes, Causas célebres, Modas, Teatros, Poesía, etc. etc.

Consecuentes en nuestro propósito de llevar al último extremo posible el sistema de publicaciones baratas, anunciamos hoy una nueva, que es, por decirlo así, el complemento del plan general que nos hemos propuesto.

Fácil nos será explicar el pensamiento, porque es en extremo sencillo, pues se reduce á reunir en

uno solo, el interés de todos los periódicos nacionales y extranjeros en su parte literaria y amena, conocida con el nombre de VOLLETIN, dándole una forma elegante y cómoda, clasificándolo y formando, en fin, un bonito libro, con todo lo bueno que di-seminado en multitud de hojas cotidianas, ó pasa desapercibido, ó muere y se olvida el mismo día que sale á luz. Nos prometemos además con la **Revista**, ponernos en el caso de que nadie se nos adelante cuando se trate de una publicación que excite curiosidad á interés. La Biblioteca Popular, cuyo éxito ha superado á nuestros cálculos mas avanzados, llena cumplidamente el objeto de facilitar la adquisición de buenos libros á un precio ínfimo; pero por su índole, por su organización especial, ni es posible ni deben incluirse en ella sino obras concluidas y acreditadas; lo demás sería desvirtuarla haciéndola perder su verdadero carácter. Todos los autores franceses de algún crédito, que como nadie ignora, son los que nos abastecen de novelas, con demasiada profusion por cierto, publican sus obras primero en los VOLLETINES de sus periódicos, de donde pasan á nuestros diarios y á manos de multitud de especuladores de segundo orden, que no se descuidan en explotar la curiosidad del momento, y como nosotros, en el caso de que entre estas obras haya alguna que deba figurar en la Biblioteca, tenemos que esperar á que esté concluida en París para insertarla, lo cual suele ser á veces motivo de un retraso de mucho tiempo, resulta que damos lugar á que se hagan infinitas ediciones antes que la nuestra, como ha sucedido en el JUNIO EBRANTE, el público satisface el primer deseo á costa de su bolsillo, pues paga estas ediciones triple de lo que costarian en la Biblioteca, y los que nos honran con su confianza, ni disfrutan la primacía, ni la baratura á que son acreedores, con perjuicio de sus intereses y los nuestros. Se vé, pues, por esta explicación, que la **Abeja Literaria** no es mas que un complemento de la Biblioteca Popular, una nueva sección de ella, distinta en carácter y en objeto, organizada de diferente modo para que dé el resultado que se busca, y que lo que nos proponemos en el plan general de publicaciones, es que nuestros suscritores tengan cuanto puedan apetecer en todos los ramos de li-

teratara, mejor y mas barato que pudieran hallarlo en parte alguna.

Explicado así nuestro pensamiento, parecenos inútil entrar en pormenores acerca del modo de llevarlo a cabo, pues que por experiencia sabe el público que escedemos siempre en mucho á sus esperanzas. Diremos sin embargo, que tenemos tomadas cuantas medidas son necesarias para que la **REVISTA DE LOS FOLLETINES** nada deje que desear á los aficionados á esta clase de lectura, y hasta meditar un poco para convencerse de que podemos fácilmente conseguir el objeto, pues si la lectura de un solo folletín excita el interés de los lectores, cuánto mayor será el que excite el de todos los periódicos reunidos, eligiendo como elegiremos siempre lo mejor, ya que tanto tenemos donde escoger. Hemos dicho que copiaremos de los periódicos nacionales y extranjeros, y esto es indispensable, porque siendo por la general los folletines de nuestros diarios traducciones del francés, preferiremos traducir del original á copiar de la traduccion, con lo que conseguiremos ademas adelantarnos en muchas ocasiones y ser los primeros en publicar las obras de mérito; pero no nos limitaremos solo á las novelas, sino que tendran cabida en la **Revista** otras materias á fin de satisfacer el gusto de todos. Nunca copiaremos sin citar el periódico de donde lo hagamos, y claro es que al trasladar á nuestras columnas algun artículo original, será con el beneplácito de su autor, pues juzgamos un deber respetar la propiedad ajena, como queremos que se respete la nuestra. Al final de cada número insertaremos una revista de los sucesos notables ocurridos en el mes, y analizaremos las obras que se publiquen que por su importancia lo merezcan, de modo que la **Abeja** será á la vez un libro agradable y una obra útil.

En la parte material nada perdonaremos tampoco para merecer el favor público; haremos una impresion clara, limpia y correcta, aunque en estremo compacta para que contenga mucha lectura, el papel será esquisito y á cada número acompañará una bonita lamina litografiada. Mejor que todo lo dicho servirá para conocer exactamente nuestro plan las siguientes

BASES

I. CONDICIONES DE SUSCRICION.

1.^a La **Abeja literaria**, REVISTA DE LOS FOLLETINES, se publicará todos los meses, desde el 15 de octubre próximo, en un cuaderno de 96 páginas, ó sean 6 pliegos de impresion en 8.^o mayor cada número, de manera que contendrá tanta ó mas materia que un volumen regular. Los números se repartirán encuadernados con su bonita cubierta de papel de color y con una magnífica lamina litografiada.

2.^a Los cuadernos ó números de seis meses

formarán un tomo de 536 páginas con seis litografías, para el que se dará á los suscritores índices, portadas y embiertas.

5.^a El precio de la suscripcion es 4 rs. al mes en Madrid y 40 por un año; en provincia 6 rs. al mes y 60 por un año si se han de enviar los números por el correo franco el porte. En Madrid se paga cada número al tiempo de recibirlo; en las provincias es necesario adelantar por lo menos el importe de un mes.

4.^a Todo el que se suscriba y pague de una vez el importe de un año antes del 31 de octubre próximo, en Madrid ó en provincia, recibirá gratis el número 1.^o; es decir que su suscripcion empezará á contarse desde noviembre inclusive, y se le dará el número de octubre gratis.

5.^a Los suscritores á la BIBLIOTECA POPULAR residentes en provincia, que se conformen con recibir los números de la **Abeja** por los ordinarios, galeras ó mensagerias, en union con los tomos de aquella publicacion, solo pagarán medio real de aumento sobre el precio de Madrid en cada número, siendo los portes de cuenta de la empresa, y nada si estos corren á su cargo.

6.^a El número 1.^o que se remitirá á todos los señores comisionados de provincia y se hallará de manifiesto en el Gabinete literario, servirá de muestra de la edicion y de las laminas.

ADVERTENCIAS.

Inmediatamente que empiece á publicarse en París la nueva obra de M. Eugenio Sue que ahora se anuncia, titulada los *Siete Pecados Capitales*, la insertaremos en nuestra **Revista**. Entre tanto publicaremos la magnífica novela de A. Dumas, titulada el *Conde de Monte Cristo*, los *Tres Mosqueteros* del mismo autor, los *Dramas Invisibles*, de Federico Soulié, y otras no menos interesantes y acreditadas.

Cualquiera que sea el número de suscritores que reuna la **Abeja**, se publicará un año por lo menos.

Las reclamaciones se dirigirán en carta franca, antes de trascurrido el mes de haberse repartido el número reclamado; pasada esta época ninguna será atendida.

Teniendo la **Abeja** establecida su oficina de redaccion dotada del suficiente número de traductoras y colaboradores, y habiendo la empresa adoptado las competentes disposiciones para recibir con toda anticipacion los periódicos, revistas y obras extranjeras necesarias á su objeto, no recibirá artículo ni traduccion alguna de nadie, cualquiera que sean las condiciones con que se le remitan.

SE SUSCRIBE

En Madrid, sin pagar nada adelantado, en el Gabinete literario, calle del Príncipe, ó por conducto de los distribuidores. Los que quieran hacer

elabono por un año, para disfrutar las ventajas que se ofrecen, pueden hacerlo en el mismo establecimiento ó avisar para que se les remita el recibo al domicilio.—En provincia, en casa de todos los corresponsales del establecimiento tipográfico del señor Mellado, pagando por lo menos un mes adelantado.

VICISITUDES DE LA GUERRA.

I.

La violencia.

Cuando el soberbio y ambicioso coeso, cuando el hombre sin par del siglo XIX, cuando el gran Napoleón, en fin, tendió sus ávidas miradas sobre la inerme y descuidada Iberia, cuando sus formidables huestes, cual impetuoso torrente invadieron nuestras casas y deliciosas provincias, la ciudad que colocada entre los arcevaos, fuera un tiempo terror de la insaciable Roma, y sucumbiera al cabo al rigor del mortífero hierro y la voraz llama; al paso que en el rostro de cada uno de sus hijos se marcaba el indelible sello de su libertad é independencia; la ciudad cuyas informes y humeantes ruinas miró asombrado el intrépido Cayotrupu, Osma, pues, fiel imitadora de Sagunto, en cuyo recinto hirieron por primera vez mis delicados ojos los resplandecientes rayos del rubicundo Febo, Osma, capito, con inclusion de su adyacente el Burgo, en uno de los frescos y serenos días del mes de noviembre del año de 1810, fué circumbalada por dos mil puzantes bayonetas que vinieron allende el Pirineo, para oprimir á nuestra desventurada patria. El jefe de estas imponentes fuerzas, Mr. Douvernet, hizo llegar á nuestros tímidos oídos el terrible bando de que inmediatamente compareciesen ante su presencia todos los jóvenes desde diez y seis años hasta cuarenta. Obedecimos á tan bárbaro mandato, ahogando los hondos latidos que en nuestros tiernos corazones se abrigaban: mas apenas con trémula planta pisamos el suelo del salón consistorial, cuando mirándonos con torva faz, nos dijo: mañana todos vosotros, sin distincion, vendreis conmigo á la capital, y de este modo evitaré seis dias de mis enemigos. Un sepulcral silencio fué la respuesta á su imperiosa voz, saliendo de aquella, para nosotros lugubre estancia, impregnados de la mas dilacerante emocion. Como la orden era estensiva á los pueblos limítrofes, al recibirla en uno llamado Baldenebro, ocho soldados españoles al mando de un sargento, se apoderaron de los cuatro únicos mozos que tenia aquella corta aldea. El alcalde no pudo menos de dar parte al jefe francés, quien inmediatamente destacó á unos cuantos ginetes, los que á poco tiempo regresaron trayendo maniatado al cura de la poblacion y al referido alcalde; el mismo que fué fusilado á la entrada del pueblo, debajo de un

arbol; el párraco fué presentado al gobernador; este con semblante airado lo dijo: ¿tu has entregado á los brigans los jóvenes de tu lugar? el alcalde ya pagó su merecido, mañana si á las ocho de ella, no estan en esta las muchachos, seguirás la misma suerte que le ha cabido á tu desgraciado compatriota. El viajero que sorprendido por una horrible tempestad, en lo enmarcado de un bosque, oyendo resonar en las cóncavas peñas el fulminante estallido, vé dejar de existir en un segundo su compañero de viage, al rigor de una masa eléctrica, que las despiadadas púes arrojaron, no recibe tan imperiosa sorpresa como la que se apoderó del inocente pecho del buen sacerdote: selló su lábio y se dejó conducir á un hediondo calabozo: á instancias de varios particulares, un bondadoso canónigo francés, que desde su emigracion se hallaba en aquella catedral, se atrevió á presentarse al gobernador Douvernet, implorando el perdón para el infeliz cura; mas fué rechazado con ignominia y amenaza. La providencia, que lucasamente vela por el inocente, dispuso que los vecinos de su feligresia, al ver la terrible catastrofe acaecida, y la que por horas amenazaba á su digno pastor, fuesen en busca de la partida española, cuyo buen sargento haciéndole las conducentes reflexiones entregó los cuatro mozos, los que á las siete de la mañana del siguiente, se pusieron á las órdenes del pequeño Atila; éste indultó al inocente clérigo de la ultima pena, mas no de sufrir una dilatada prision.

En aquel mismo dia, en aquella misma mañana, que hace época en los fastos de mi vida, se oyó orugir el resonante parche por los ángulos de la poblacion: á su terrible sonido acudimos á la plaza mayor, sitio designado; en nuestros semblantes se vela pintado el terror y la incertidumbre; nuestros espantados ojos se deslumbran con el brillo de las armas enemigas, que por de quiera nos circundan: un inmenso pueblo nos contempla con interés, mas al oír el penetrante toque de marcha, nuestro tímido y débil espíritu se anonada: ¡gran Dios, que tético dia recuerda mi azorada mente! Allí se mira el demacrado anciano, que con mano convulsa echa á su tierno nieto una eterna bendicion; allí se vé á la desconsolada madre anegada en un piélago de lagrimas por la separacion de un hijo que fuera su sosten y apoyo, allí el robusto padre degenerando del firme carácter de español, aunque con rubor, humedece sus ojos al separarse de su cara hechura; allí la triste y cariñosa joven cañina en pos de su desventurado hermano, creyendo salvarle con sus sentimentales gritos y alaridos; allí la tierna y sencilla doncella es acometida de una terrible lipotimia al mirar por última vez al amante joven, á quien en breve consagrará ante las aras su virginal candor; allí... una voz tonante del jefe gobernador, del benedictino apóstata, hace imprimir un profundo silencio, y retroceder á tantos seres desgraciados: las cajas con sus atronadores ecos, rompieron la marcha, y nosotros

conducidos entre las imponentes filas, como una seccion de incivilizados indios arrancados del seno materno, dimos el último sollozado adiós á nuestro amado país, al pueblo que nos viera nacer. Ciento sesenta caminábamos sin osar desplegar nuestros paralizados labios, cuando de repente nos mandan parar: formados y abiertas las filas, Douvrenet las recorre sobre su fogosa caballo, haciendo salir al frente unos veinte jóvenes; un tercer pánico embarga nuestros amortiguados miembros, y concedores del fiero corazón de aquel hombre, nos penetramos á la vez que va á sacrificar una porcion de victimas á la indomable barbarie de su capricho: mas afortunadamente no fué así, aquellos que había hecho salir de entre las filas, sin duda atendiendo á su corta talla, les mandó volver á sus respectivos hogares; nosotros algo mas reanimados seguimos la marcha hasta Utero, pueblo distante tres leguas, donde pernoctamos. A nuestra llegada, no encontramos en él mas que una infeliz mujer, que por enferma no había podido huir, un descomunal gastador con sucia habla y armado de formidable segur, en breve franqueó una puerta de un anchuroso granero, sitio destinado para nuestro encierro; mas al recostarse este, conociendo lo horroroso de nuestra situacion, reunidos hasta el número de veinte y siete escolares y algunos otros de fina educacion, formamos el gigantesco proyecto de mandar una comision al jefe, para que nos dispensase otra habitacion menos incómoda. Así sucedió, á pesar de lo árido su carácter respondió á los dos enviados: todas las casas son de vuestras mercedes, pueden habitar en la que mas les plazca, en la inteligencia, que mis centinelas tienen orden de hacer fuego al que vean tres pasos separado de la poblacion. Nuestro espíritu abatido se reanimó un tanto con la contestacion inesperada del sanguinario Douvrenet; al efecto elegimos la casa que mejor nos pareció, y abriendo sus bien cerradas puertas, constituimos en ella nuestro pequeño cuartel. Al ver los franceses que en el pueblo no había quien les suministrase, subieron al punto, del que bajaron bastante número de reses lanaras, que sacrificaron en las mismas calles; tuvimos la proporcion de apoderarnos de una, que asamos sin demora con ánimo de llevar con que alimentarnos el resto de nuestra marcha. Por un efecto de la edad juvenil, pasamos la noche no tan sentimental cual la hubiesen tenido hombres reflexivos y de madurez; Douvrenet nos mandó un poco de vino desde su misma mesa, sin saber cual sería la causa. Al siguiente día bien temprano partimos de aquel infeliz pueblo dejando ya á nuestra salida catorce casas presa de las voraces llamas. Dos veces la risueña y encantadora aurora había iluminado nuestros pálidos y tímidos rostros; dos segundos días hablamos hollado con nuestras débiles plantas los espesos jarales y admirado la erguida cúspide de los elevados pinos; repetidas veces anduvimos errantes por tortuosos senderos

oyendo el graznido de la ave agorera, á la par que el abullido del hambriento lobo, cuando nuestros avidos ojos divisaron los soberbios muros de la antigua é indomable Numancia que un tiempo imprimió el terror hasta en los pechos mas esforzados de la jactanciosa Roma. Hicimos alto á las puertas de la nueva Soria, y entre el estrepitoso ruido de cajas y cornetas, medimos con nuestras débiles plantas su magestuoso pavimento, siendo conducidos cual pequeña grey de inocentes cordelillos; á nuestra vista sus cariñosos habitantes experimentaron la tierna emocion de un pecho noble y generoso. A poco rato de nuestra entrada ya ocupábamos cada uno nuestro respectivo alojamiento: igual trato, igual racion que á los defensores del coloso del siglo se nos prodigó por espacio de quince dias; al cabo de estos, al pasar una de las cuatro diarias listas, se nos intimó por el sargento de semana, que el gobernador ordenaba fuésemos á emplear nuestros brazos en la fortificacion del castillo; la respuesta por los estudiantes fué, que nos era desconocido el trabajo corporal, y que no podíamos prestarnos á él, los que habíamos sido educados en la molición y el mimo; no tendrán vmds. socorro nos contestó; corriente, careceremos de él: enefecto en los tres siguientes dias nada se nos suministró: mas en este tiempo habiendo puesto en manos del gobernador una respetuosa esposicion, á su vista decretó: todos los estudiantes serán alojados en las casas mas decentes de la ciudad, y mantenidos á costa del patron: si este así no lo hiciere se me dará parte. Al ver el rasgo de generosidad de Douvrenet nos penetramos que hasta los despotas y tiranos miran con aprecio las ciencias; inmediatamente un encargado de policia nos condujo á las respectivas moradas: á mí me cayó la suerte de ir solo, y encontrar un patron franco y verdadero patriota. Nuestra vida era satisfactoria al paso que los infelices compañeros maldecian la suya, abrumada con el impropio trabajo y desmesurado castigo; nuestro cargo no era mas que el pasar las listas, y emplear un corto rato en la instruccion del ejercicio. Tres meses habian transcurrido sin variacion alguna, cuando se presentó mi segundo patron en cuyo hospedaje me hallaba hacia quince dias, y me manifestó un mandato del gobernador para que suspendiese al darme alimentos. Apenas me hice cargo me dirigí á su presencia: señor, le dije, se me ha hecho saber la providencia de V. S. y no sé por qué medio he de adquirir la subsistencia. ¿No era vd. un alumno del seminario conciliar de Santo Domingo de Osma? Servidor de V. S. Pues á vd. á costa del establecimiento, se le asignan cinco rs. diarios, suficientes para su manutencion: le di las gracias, y haciendo una profunda reverencia salí de la estancia, nuevamente sorprendido con la laudable conducta que para mí observaba el hombre que por sus crueldades era el Nerón de la provincia; once individuos en diversas veces, por su orden habian exhalado el último aliento á lu-

pulso del mortífero plomo, sin mas crimen que pertenecer á las valientes flotas españolas, entre ellos el esforzado coronel Saldaña, que capturado por nefanda traicion, le mandó fusilar al leer en su brillante hoja de servicios, haber hecho morder la tierra por su mano, en aquella campaña, á quince oficiales franceses con un sin número de soldados de la misma nacion; llegó á tanto la crueldad del monstruo Douvernet, que ordenó azotar entre infames bayonetas, en la plaza pública, á una belleza, á una cándida virgen, cuyos dorados cabellos compeltian en rubicundez y brillo á los que un tiempo peimara la diosa Citerea; su imperdonable delito estaba cifrado en que ésta infeliz vertió sinceras y candorosas lágrimas, al ver conducir á su digno compatriota, al héroe Saldaña, á un infamante patíbulo. ¡Ah! este solo recuerdo reproduce el furor, el odio, la venganza, el.... Con mi pequeña asignacion me coloqué en casa de un bondadoso paisano en donde era tratado como un hijo predilecto. Otros tres meses habian pasado, cuando llegó el 19 de marzo, día que los enemigos del reposo celebraban con pompa y frenesí, por ser el santo del que en aquel acto ocupaba intrusa y pantomimicamente el trono de los Pelayos. Este fué el día que el benedictino Douvernet escogió para que nuestros corazones, hijos del rugiente leon, prestasen un ómnino juramento á sus rapantes águilas: en medio de sus pomposas diversiones fuimos conducidos á la colegial de San Pedro, allí se verificó la solemne ceremonia en la que nuestros paralíticos lábios solo un confuso rumor pronunciaron: una estudiada arenga salió de los suyos, que nuestros létricos semblantes con indignacion reprobaran. En medio de este acto cívico religioso, una partida española, que contaria doscientos soldados montados, se aproxima á los respetables muros de la ciudad: arrebatados del furor que heredarán de nuestros abuelos los Cides y Rasuras, hacen fuego aunque en vano á las invulnerables piedras: un centinela es herido: en el rostro del gobernador se vé pintada la ira y desesperacion: las puertas se cierran, los festejos siguen, y en aquella noche haciendo alarde de su valor y desprecio, dá un gran baile en un palacio estramutos. Por engaños, un débil centinela me permitió la entrada; allí vi con asiático lujo, rodear la espléndida mesa á las hermosas hijas de la terrible Numancia, á las náyades del caudaloso Duero; allí lo sonoro y armónico de los instrumentos, por do quiera, adornaba los voluptuosos oídos; allí un ciento de enardecidas parejas.... solo un hombre, un pequeño baja se mece en tan halagüeña sensacion. Las tres sonaban cuando un aterrador estruendo producido por el furibundo plomo que las bocas de los fusiles españoles estampaban en el edificio, imprimió un pánico terror á la vez en uno y otro sexo: el desmayo, el azoramiento, la confusion, se enseñorearon de aquel vasto local, emperó el jefe, acostumbrado á los horrores de Marte, im-

pávido manda cerrar las puertas y seguir en el sarao á pesar de los diversos sentimientos que agitaban á cada uno; entretanto habiendo salido una corta fuerza de la guarnicion y encontrándose con los españoles, estos haciendo una descarga tendieron al capitán enemigo regresando los demás á la ciudad: al día siguiente volvió á salir una respetable columna, y alcanzando á las tres leguas á los desgraciados hijos de los Cides, les causaron un dño que todavía lloramos los descendientes de Numancia. Ya en este tiempo nuestros implacables enemigos habian concebido en nosotros una ilusoria confianza, por la que no se oponian á nuestras salidas ni entradas, á nuestros paseos, ni á nuestras diversiones juveniles. Apenas en realidad pudimos tocar esta favorable coyuntura cuando con malicioso disimulo fueron alejándose mis compañeros del recinto en donde por el decoro de mas de medio año habia gravitado sobre ellos el enorme peso de la esclavitud; yo no quise fugarme subrepticamente, temiendo que descargase la saña del Caligula francés, sobre mi inocente hogar. Al efecto puse en sus manos una captilosa peticion, solicitando me dispensase pasar á casa. Despues de haberme hecho fragmentos dos memoriales sin decir mas que hiciese otro, al tercero me concedió licencia por ocho dias, bajo toda responsabilidad; hasta ahora no se ha concluido el preljado término, todaria se goza mi pecho con la satisfacción de no haber vuelto á ver el avinagrado gesto del memorable benedictino.

II.

La dispersion.

Agrupados en rededor del sacro é invicto pendon, que siendo espanto de las huestes agarenas por do quiera adquirió innarrable gloria, arrollábamos, las compactas falanges de los jactanciosos soldados que con asombro de Europa venciéron en los campos de Austerlitz, Marengo y Jena, mirando con castellano desprecio los relumbrantes aceros que hicieron temblar los mas robustos troncos, cuando la veleidosa suerte cambiando su placentera y alhagüeña faz en torvo y sañudo rostro, permitió que en los campos de Ullan triunfasen de nuestras escasas fuerzas las innumerables águilas que la ambicion enarbolará: dispersos y en fuga cada uno nos dirigimos al punto de nuestra salvacion. En mi nativo pueblo me encontraba saboreando con los atagos de una cariñosa madre, y esperando por momentos la orden de nuestra reunion, cuando sin mas antelada noticia que el ruido de cajas y cornetas, vimos ocupar la plaza á los satélites del sanguinario Douvernet. A cubierto de los cristales de mi balcon, veo conducir entre sus asoladoras masas, fuertemente amarrados, diez y siete valientes que en la anterior accion habian caido en sus despiadadas manos; entre ellos visivo á un compañero, á un inseparable amigo; mi cora-

zon late, en vano mi mente azorada busca en campo ideal la libertad de aquel ser desafortunado: sin embargo, estimulado de la sincera amistad, salgo disfrazado de mi casa, á pesar de las amonestaciones de mi cara madre y hermana; paso á través de mis mismos enemigos, llevo al Pecho Real, punto donde se hallaba el infeliz abarrojado: á mi vista aquel abatido espíritu se exalta, se conmueve, se anonada; su balbuciente lengua apenas puede responder; ¿cómo te ha cabido tan desventurada suerte? ¿Qué es de vosotros? ¿A dónde os conducen los infames? Nada sé, el hado fatal descarga sobre mí toda la inconcebible saña ¿Empero sois tratados con el honor debido á un prisionero de guerra? Hasta ahora sí, pero mi corazón se halla engolfado en la incertidumbre. La proximidad de los centinelas, las escrutadoras miradas de los soldados, el temor de ser yo conocido, aunque oculto bajo inusitado disfraz, nos impelió á separarnos; puse en su mano las monedas, que mi fortuna me permitiera, se la apreté fuertemente y encubriendo las lágrimas salí de aquella negra mansión. Tres pasos había andado cuando de repente encuentro con M. Toussi, furriel de caballería, y primo del comandante de la misma arma, sujeto á quien traté con intimidad en el tiempo de mi prision y el que estaba adornado de una alma grande, y de las mas loables prendas, consiguientes á su fina educación: de él recibí un sin número de favores que siempre tendré presentes; me conoce, noto en su semblante rebosar la alegría al paso que me dice con sonrisa ahagüeña ¿tú por aquí, por qué causa tengo el placer de verte? en qué tropate filias-te? ¿estás en alguna guerrilla, que parece habérmelo insinuado así la cocinera de mi alojamiento: no, le respondí: he jurado, y milito bajo las banderas del regimiento de Soría: me alegro, contestó, y me congratulo en que sirvas en un cuerpo decoroso ¿mas cómo te encuentro en tu mismo pueblo? en la acción última me dispersé como los mas, y estoy esperando órdenes: ¿tú te hallaste en aquel ataque? ¡oh! que no te viera yo! hubiéramos bebido una botella que llevaba de un suave licor, y velate reales que tuviese mi bolsillo eran tayos: al decir esto sacó de su faltriquera dos pesetas, y colocándolas en una cestita destinada por los infelices cautivos para implorar la caridad, me dijo: mañana me veré en tal estado, y querré que hagan otro tanto conmigo: no bien había acabado de pronunciar estas consoladoras palabras, cuando vimos llegar un piquete; había con el jefe de éste, y volviéndose á mí me dice: huye, van á sacar á fusilar á los prisioneros, no te conozcan y te envuelban con ellos. Cual marmórea estatua quedé mi cuerpo, y entre el horror, la confusión y el espanto, maquinalmente me oculto en mi casa: el noble Toussi voló en busca de un sacerdote para que auxiliase á aquellos desgraciados. Mas cuando volví con él, ya el estruendo del horrído fusil nos anunció que las candidas almas de aquellos valerosos héroes, tenían asiento á la par de los seres celestiales en la presencia del Dios de las bombas. Al

arrastrarlos al horroroso patíbulo, uno de los dos oficiales Causante y Díaz, que con los demas sucumbieron, levantando una paja y formando con ella la enseña del cristiano, les exhortó con valor hasta exhalar el último suspiro: ¿los que tuvieron la desgracia de presenciar tan sangrienta escena, nuestros hijos á quienes se les inculcan noticias tan funestas, no nutrirán en su seno eterno odio contra aquellos tiranos é implacables monstruos? ¡Oh! me horrorizo, me estremezco con tan tétrica idea! Mis mismos ojos les vieron, mis ojos les miraron, mis oídos oyeron la terrible descarga! Santo Dios! Afortunadamente mi amigo y compañero, con otros dos, no sé porque aborto de naturaleza, fueron perdonados, lo mismo que nuestras familias, que respondieron al jefe, no tener la mas remota noticia de nosotros, desde que él nos había conducido á la capital. Hoy existe en aquel mismo sitio un decente monumento de piedra, sin otro objeto que patentizar al orbe, que eternamente viven en el templo de la inmortalidad, los que mueren por la libertad, independencia y patria.

III.

La prision.

Siete meses habían transcurrido desde mi fuga de la capital; los odiosos galos divagaban por la provincia, llevando en pos de sí el estrago, la desolación y la muerte. En el pequeño pueblo de Garcascosa de Arriba se hallaba don Juan N. y yo con seis soldados; su comision era levantar de aquel punto un abundante almacén de granos, destinado para mi division, antes que fuese presa de los enemigos; el comisionado firmaba los recibos de los que lo habían trasladado; el caballo de éste estaba ensillado para marchar al momento, una sencilla aunque razonada conversacion nos ocupaba á la patrona y á mí, en su misma cocina; la tranquilidad moraba en nuestro pecho, constándonos por un oficio, que el enemigo permanecía cinco leguas de allí, y esperaba que aquella autoridad, al siguiente dia, bajase á sulventar sus impuestos: un niño como de siete años, entra desparado y agitado en nuestra habitacion, con palabras cortadas; los franceses están ahí, dice, me sonrió creyendo ser una ilusion saya, bajo con rapidez y... en efecto no se engañaba, dos cazadores de montaña sobre sus soberbios caballos ven cruzar por delante de la puerta con la velocidad de una estrella errante, subo al cuarto del comisionado; Don Juan, los franceses rodean nuestra casa: no bien lo he pronunciado, se monta eléctricamente, deja caer la capa, se descinde el sable, no contesta, y si con una increíble rapidez toma la escalera, atraviesa por entre medio de los enemigos; le ven, le siguen, á pesar de su edad brinca los setos de los huertos, los caballos encuentran este insuperable obstáculo, desmontan dos soldados, tampoco sus pies son bastante para darle alcance, logra por

En cruzar una especie de cañoe; pisaba ya la falda de una escarpada montaña, cuando su lado al-
 verso presenta á sus perseguidores un pequeño
 puente por el que pasan dos ginetes, le cortan,
 un golpe de sable descargan sobre su cabeza que
 en nada le ofende, le prenden y conducen al pue-
 blo; estas escenas presenciaba yo conmovido desde
 un estrecho agujero de la casa, despues de haber
 ocultado el sáble suyo, la capa y un cuchillo de
 monte mio; ¿qué de ideas se aglomeraban sobre
 mi agitada mente! resuelto huir por una pequeña
 ventana, lo consigo á pasar de su estrechez, piso
 el tejado, pero tengo que retroceder al advertir
 que los soldados que rodeaban mi albergue me
 ven desde la calle; cansado de discurrir me acuto
 entre el ángulo exterior de una chimenea y la pa-
 red; no consistió este asilo mas que en su oscuri-
 dad: mi corazón azorado palpita sin interrupcion;
 mis miembros se mueven por una indefinible con-
 vulsion, un sudor frio baña mi palidecido ros-
 tro; en medio de esta insoportable crisis oigo la
 voz de los franceses dentro de la casa; patrona,
 patrona, pronto una candela, pronuncian; dos mi-
 nutas habrian pasado cuando veo que la cla-
 ridad de la antorcha iluminaba ya mi oscuro ca-
 marote; descubierta mi insignificante escondite
 me presento á su vista, temiendo ser victima de
 sus acorados ilos; una sardónica risa asoma á los
 labios de uno de los dos vencedores de Austerlitz.
 ¿Tú estás aquí? me pregunta; el silencio fué mi
 respuesta; me toma la mano y en breve bajando
 la escalera me vi en el centro de sus compañeros.
 Uno solo tuvo la osadía de descargar bruscamente
 un bofetón sobre mi mejilla; callé cual Nazare-
 no; fui despojado de cuanto tenían mis bolsillos:
 en esto vi á mi compañero Don Juan sobre su
 mismo caballo; á mi me atan con una correa el
 brazo derecho, y tirando un ginete me obliga á ir
 á mi respectivo alojamiento, que no lo era donde me
 prendieron, en busca de mi arma: la patrona habia
 ocultado mi pequeño vultiseno: al ruido, á las ame-
 nazas lo presenta. al verle se irritan aquellos sa-
 belites, advirtiéndole que es fusil francés: ¿donde
 has cogido esta arma? quién te la ha dado? soy ba-
 stante diestro para distinguir, no sé si es francesa,
 inglesa ó española, mi gafa la ha puesto en mi ma-
 no; deseaban ver mi morrión y capote, mas no lo
 consiguieron, le habia escondido y afirmativamente
 negué que lo tenía: mal rato me hubieran dado si
 encuentran estas prendas, pertenecian á la misma
 nación que el fusil; al momento montaron a caballo:
 á Don Juan le consintieron fuese en el suya, siendo
 yo el juguete del soldado que tiraba de mi débil
 brazo, teniendo el cabo de la brida con que estaba
 atado; despues de impelerme á pasar un riachuelo
 algunas veces, llegamos al pueblo de las Hoces don-
 de se hallaba la infanteria. El grande Alejandro
 creo, no se enorgullecio tanto al derrotar á Dario
 como estos esbirros al ver arrastrar entre sus filas
 dos infelices prisioneros: puestos en presencia del
 comandante N. en cuya arrugada tez, en cuyos ne-

vados cabellos, brillaba la humanidad y la clemen-
 cia, preguntó á mi compañero ¿por qué casualidad
 han prendido á vd. mis tropas, qué hacia vd. en
 aquel pueblo señor, contestó, yo he sido nombrado
 comisionado por la junta provincial, vine á tomar
 órdenes á esta aldea, mas antes de recibirlos fui
 presa de los soldados de V. S. Sin contestar se di-
 rigió á mí; y vd. ¿cómo se encontraba allí? con licen-
 cia temporal, pasaba á mi nativo hogar, al saber
 que las tropas del emperador ocupaban mi tránsito,
 subí por este punto, llegué á ese pueblecito,
 encontré con el señor que era conocido, le hablé,
 me hizo detener á tomar un pequeño refrigerio,
 á este tiempo llegaron los soldados de V. S. y nos
 prendieron, nada mas sé; un infame, un pérfido
 jurado, que hacia tiempo me conocia, le manifestó
 aunque en secreto, segun despues supe, que yo
 era uno de los fugados; y vd., añadió el comandante
 N., es un desertor de las filas francesas? No soy
 desertor de V. S.; saliendo una tarde de paseo,
 distraido me alejé bastante de la ciudad, unos
 voluntarios españoles me hicieron ir con ellos, ¿Y
 no ha tenido vd. tiempo de fugarse y volver á nues-
 tras banderas! Si señor, no lo he hecho porque
 no sufra mi familia vejaciones sin cuento, mas
 quiero padecer yo: grave es el crimen de vd; á
 este tiempo reparando en mi ligadura, colocada en
 el brazo. ¿Sois furriel? medijo: no señor; y demost-
 rándole la brida me la desató, diciendo, eso es ma-
 lo, al desgraciado se le ha de tratar con humanidad:
 así lo ejecutó. no hizo apr. cion del fusil, apesar de
 ser francés; á petición de Don Juan se nos devolvió
 el tabaco que la tropa nos habia tomado, y como el
 español amalgama la fiereza y el valor, con la gene-
 rosidad cortó un poco y lo demas se lo entregó: fuimos
 colocados en una dispensa en donde habia unos
 doce panes, cebollas, patatas y un cesto con lana, en
 el metimos los pies, y así pudimos soportar algo me-
 jor el crudo hielo: el sargento de guardia nos hizo á
 ratos compañía tratándonos con afabilidad: el asis-
 tente del comandante N. nos bajó unas sopas con unos
 huevos y una jarra con vino, que bebimos juntos
 como camaradas, segun él decía; tambien nos su-
 ministró un poco de leumbre para calentarnos: el
 traidor jurado entró á verme, me habló con sonrisas,
 ¿estaba allí, me preguntó, mi antiguo amigo Gre-
 gorio? Si señor, ¿habia mas soldados con vosotros?
 habia algunos mas que ocultas entre yerba seca no
 pudieron dar con ellos: ¿qué no les hubiera visto
 yo para protegerlos! y qué no hubiera estado yo
 allí para salvarlos! gracias; brillou, dije para mí;
 pasamos la noche, no tan mal como pensábamos
 aunque siempre sumidos en la fatal idea del por-
 venir incierto. Apenas la placentera atrora desen-
 marañaba sus rubias trenzas; los cóncavos tambu-
 res resonando en los ángulos de la aldea, anunciaron
 el instante de nuestra marcha: al comprender esta
 fuimos atados uno con otro, por un brazo, y al ver-
 me el sargento de guardia sin tener con que cu-
 brirme, y mi tierra cabeza á discrecion del rigu-
 roso y frio noviembre, mandó á la ama del

curs, en cuya casa habíamos pernoctado, me proporcionase un pañuelo; mas esta se desentendió, y nosotros seguimos el marcado camino: á pocos pasos quitó el referido sarpento una montera á un paisano y la colocó sobre mi aterido cráneo; en la marcha nos trató con blandura desde el gefe hasta el último soldado, prodigándonos alimentos á porfía; apesar de esto mi corazón se angustiaba al pensar que me iba aproximando á Berlanga, pueblo de mi naturaleza donde habitaban mis amados tíos, curadores míos, y mi única y cara hermana. En efecto á casa de las cuatro de la tarde ya localizamos las puertas de la población, y ya batiendo marcha por sus regulares calles entrábamos en la plaza mayor. Jamás mi pecho ha sufrido tan interesante sensación, veo en rededor al próximo pariente: el amigo con quien habé pasado inocente niñez se presenta á mi vista; allí miro el respetable anciano á cuyo celo debo mi primera educación... ¡allí... ¡mas para que recordar tan ligubres momentos! una guardia de prevención cuyo centro ocupábamos, se dirige por la calle principal: ¿adonde nos conducen? pregunta mi triste compañero, la dirección es á la cárcel: no bien había pronunciado esto, cuando veo en el balcon de mi casa, á mi desgraciada hermana; esta por un efecto de curiosidad se había colocado en él; empero ¡cuán distante estaba de juzgar que una de aquellas víctimas que veía conducir atadas, entre agudas bayonetas, era su desgraciado hermano! En efecto, no me conoce hasta llegar frente de ella; un descompasado grito es la primera muestra del dolor que se apodera de su alma, entonces empecé á estudiar el corazón del hombre; á uno de los franceses, cuyo idioma apenas tanto entendia, le oí decir, ahora le quitaba yo la vida; y á otro del lado opuesto, yo le daba libertad; ¡qué sentimientos tan encontrados! con la rapidéz del rayo sequita del balcon, y sin hacer aprecio de las amonestaciones de mi cara tía, en cuya compañía estaba, parte con la velocidad de un cometa á la casa alojamiento del comandante N: se arroja á sus pies, se los baña en lágrimas, y entre sollozos, le dice: señor, uno de los infelices prisioneros, que acabo de ver entre las tropas de V. S. y van á ser encerrados en oscuro calabozo es un hermano mio, dispensadme la gracia de verle; apañado de su llanto mandó á un oficial que le acompañase, concediéndola el permiso de verme; esta gracia la hizo extensiva á todo el que compadecido de nuestra suerte quiso visitarnos. Llegamos á la puerta fatal de la cárcel, el alcalde se presenta con las llaves; críticamente habia ejercido aquel mismo destino cuando mi difunto padre regia aquel puchlo; se asombra, y entre el temor y el asombro aproximándose, en voz baja me dice ¿cómo así? tu prisionero? El hado lo ha dispuesto: en esto entramos en una lóbrega habitación, un centinela de vista se coloca á nuestro lado, mi idolatrada hermana penetra la estancia, me estrecha entre sus brazos, me inunda con su llanto, se enajena; ¡discurrí lo que pasaria en nues-

tros dos corazones! nos acompaña toda aquella noche, igualmente que otros varios parientes, amigos y vecinos, estos nos compadecen, sienten con nosotros, y nos prestan los auxilios y obsequios que en lances semejantes son dables; el ayuntamiento á nombre de aquella inolvidable villa, manifiesta á mi hermana, que agradecida á los favores, que mi llorado padre la dispensó en seis años que obtuvo la vara en su corregimiento, promete dar cuatro mil reales al enemigo, mañoso y cautelosamente por que me conceda la libertad; tiene valor esta apreciable jóven á proponérselo al bondoso comandante N; éste la responde, depende de otro, he dado ya el parte; pase vd, á la capital, ya influire con el gefe, y obtendremos el resultado. mi cara hermana me noticia todo esto, vacila entre el temor y la esperanza, la es duro el ir con los verdugos de su hermano; pero la impele la idea de que no haciendolo así, acaso no llegará á tiempo; en fin, se despide de mí prometiendo arrostrar cuantos peligros se presentasen, por la salvacion de su hermano.

(La conclusion es el número siguiente.)

ESPAÑA GEOGRÁFICA.

HISTÓRICA, ESTADÍSTICA Y PINTOESCA.

Descripción de los pueblos mas notables del reino é islas adyacentes; su situación, historia, costumbres, industria, comercio, población, productos, contribuciones, consumos, establecimientos públicos, monumentos, puertos, caminos, puentes, ríos, canales, montañas etc.; con una introducción que comprende la topografía, historia, estadística y administración general del reino, un apéndice de nuestras posesiones de Ultramar, un índice de materias, y otro por orden alfabético de todos los pueblos descritos y el mapa general de España por Lopez, rectificado segun la nueva division territorial. — Edicion de lujo, con 130 grabados originales intercalados en el texto, que representan monumentos y vistas de trages de todas las provincias, y 12 magnificas laminas tiradas aparte en papel fino. Un tomo de 992 paginas ó sean 62 pliegos en 4.º mayor, impreso con toda elegancia en esquisito papel satinado á lustre. Se vende encuadernado á la rustica con una bonitísima cubierta á 80 rs. en Madrid en el Gabinete literario, calle del Principe, número 25, y con el correspondiente aumento en provincia por razon de portes; en casa de todos los correspondientes del establecimiento tipográfico del señor Mellado, autor y editor de esta publicacion.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO,
DE DON P. DE P. MELLADO.—EDITOR,
Calle del Sorlo, núm. 11.